

Máximo Bertens

Prognosis lingüística de Latinoamérica



L territorio lingüístico latinoamericano constituye un campo típico de entrecruzamiento de tendencias culturales. Lo autóctono está en regresión ostensible, y la evolución del medio supeditada a normas de cuño extranjero, impuestas por la penetración europea o yanqui y ávidamente emuladas por el americano de aquende el Río Grande. Si a la carencia de un impulso civilizador capaz de neutralizar la imposición extraña se suma el cebo integrado por las materias primas que en cantidad prodigiosa la estimulan, se tendrá la ecuación que hace de nuestro continente un hervidero de tendencias encontradas, un terreno de colonización cultural forzosa.

La unificación económica mundial, casi completada hoy en día en lo que concierne a la amplitud ecuménica de mercados y procedimientos mercantiles, experimentará, sin duda, una aceleración considerable en los años que sigan a la terminación de la actual guerra, con la adaptación a los usos de la paz de los enormemente desarrollados medios de comunicación material y espiritual. Excusada parece, entonces, la certidumbre de una intensificación del juego de influjos exóticos, tal vez acrecidos con aportes nuevos; una vez repuesto el mundo del esfuerzo realizado, la navegación aérea y la radiocomunicación anularán las hasta ahora infranqueables barreras, llevando el tráfico a los lugares más remotos que puedan proporcionar materia prima, o

sean susceptibles de una elevación de su nivel de vida que los transforme en consumidores.

Al intentar un vaticinio de lo que ocurrirá en estos países se analizan implícitamente con bastante aproximación las condiciones que habrán de imperar en otros continentes económicamente coloniales, con divergencias tal vez de grado, pero no de fondo. Sin embargo, no siendo nuestro ánimo el de proponer medidas lingüísticas generales tendientes a facilitar el intercambio, nos limitaremos a escudriñar el ritmo probable del desarrollo idiomático sudamericano en las próximas décadas, supuesta la persistencia de la actual línea uniformadora de la cultura occidental.

La formulación en términos económicos del problema lingüístico concomitante casi no necesita fundamentarse. No fueron afanes culturales los que indujeron a los mongoles a abalanzarse primero sobre el Imperio Chino para terminar fundando la ciudad de Budapest; ni buscaban otra cosa los normandos que su bienestar al alejarse en sus esquifes de las costas de Noruega, ni los españoles implantaron aquí su idioma para mayor gloria de la lengua del Cid. El hecho de que el área abarcada por la forma bávara *uns* del pronombre irrumpe en la actualidad hasta el Báltico, agregando la de *ús*, obedece al tráfico ejercitado a lo largo de Elba y Oder, y otra sería la forma inglesa de haberse dedicado los sajones más al comercio y menos a la guerra; muy lejos deben haber estado los moradores del valle de San Joaquín, en Bohemia, de imaginarse que su reducida comarca habría de ser patronímica de un instrumento de curso mundial, el dólar, cuando empezaron a acuñar moneda en 1519.

Establecido el supuesto económico originario en toda penetración lingüística, trataremos de puntualizar las condicionantes peculiares de nuestro continente, a objeto de ensayar un pronóstico de la marcha probable de nuestras lenguas vernáculas,

castellano y portugués, en la parte afín que sirve al intercambio internacional y en sus puntos de contacto—identidades radicales y elemento cosmopolita — con los idiomas extranjeros, pero no sin antes considerar someramente la posibilidad de que la intensificación de las comunicaciones pueda favorecer la implantación masiva de alguna lengua artificial elaborada a base de los idiomas más extendidos, y destinada a ser vehículo universal del pensamiento.

El que haya observado la extensa propagación de los códigos de señales marítimas y de telegrafía inalámbrica, de la terminología deportiva y de los vocablos más corrientes de la jerga comercial, podrá extrañarse de que no exista aún un lenguaje que, como el de notación musical o el que es fama utilizaban los pieles rojas de distintas tribus para comunicarse a distancia, un lenguaje, decimos, que haga innecesario el que personas de residencia a veces muy próxima tengan que valerse de intérpretes.

Si se aduce que el inglés va camino de ser ese instrumento, no se prueba otra cosa que la existencia de una espera pasiva. Por lo demás, aunque la maravillosa receptividad de ese idioma lo preste admirablemente para ese papel, ya que su carácter híbrido no rechaza la incorporación casi global de barbarismos, y aun cuando su preponderancia ha ido creciendo en progresión que no reconoce paralelo, su anómala ortografía y difícil pronunciación son serios obstáculos a su adopción universal. De las pasigrafías que han sucedido al Logopandecteisio que Sir Thomas Urquhart creara a mediados del siglo XVII, puede afirmarse sin excepción que su difusión ha sido escasa, y precaria su existencia.

Aun suponiendo la creación de una lengua universal que al par de satisfacer todos los requisitos de vocabulario, derivación y sintaxis necesarios para su intelección y aprendizaje expeditos, halagara el orgullo nacional de un número ilimitado de pueblos (y no como el esperanto, por ejemplo, sólo el de espa-

ñoles, franceses e ingleses: *la ruga krabo!*), y aun cuando al mismo tiempo no repugnara excesivamente a su sentido lingüístico, no pasaría mucho tiempo antes de que las diferencias raciales, señaladamente las de pronunciación, le imprimieran rumbos divergentes, renovando el cuadro que nos es dable observar en Europa, donde el meridiano 22 Este de Greenwich atraviesa los territorios de diecinueve lenguas distintas, trece de las cuales arrancan de un prototipo común con el castellano, y diferenciadas en el decurso de los siglos por gradaciones insensibles en su comienzo, comparables a las que distingue las pronunciaciones chilena y bonaerense de la palabra *mayo*, para ni siquiera mencionar las influencias recíprocas, como la nasalización francesa en algunos dialectos alemanes, oyéndose pronunciaciones como *hongd* en la zona renana limítrofe.

Sólo el filólogo de profesión puede hallar afinidad entre las formas habladas en las riberas del Ganges y en Islandia o Magallanes, y tal semejanza tiene un alcance práctico únicamente en grupos limitados de palabras, y en modo alguno en lo que atañe a los grupos fónicos, y si es cierto que el sincretismo de la forma esperanto *nazo* se basa en un tema que sobrevive en su forma esquemática en todos los idiomas indoeuropeos, inteligible para un portugués como para un letón, no es menos cierto que integra un grupo reducido de nociones de las más elementales, como los nombres de unas pocas categorías de fenómenos naturales, que no tienen curso extendido en el intercambio universal, y que casi desaparecen bajo el cúmulo de deformaciones a que los someten los distintos hábitos articulatorios de las diversas lenguas: el inglés que traduce por *healthy* la palabra *gesund*, y que no hace jamás empleo en su propio idioma del prefijo *ge-*, difícilmente interpone entre las dos imágenes el nexa etimológico representado por *sound* (1).

(1) Véase Oroz, Dr. R. «El problema de las lenguas universales», en «Atenea» núm. 112, para una exposición acabada del asunto promovido por las pasigrafías.

Descartada la probabilidad de que alguna pasigrafía obtenga sanción unánime, la única sanción viable parece ser la condición bilingüe necesaria a todo aquél que en alguna medida haya de participar en la vida de relación de los pueblos futuros, que es lo que se propusieron algunos de los inventores de idiomas artificiales, errando, a nuestro juicio, en tanto la consideraron como un desideratum, y no, como en realidad parece ser, una imposición de las circunstancias, imposición entendida en el sentido de que no ha de ser una meta alcanzada sino en grado ínfimo gracias a la voluntad y a la reflexión normativas.

Tal condición bilingüe, una etapa intermedia acaso entre el babelismo presente y una lengua universal resultado de la evolución, será a nuestro entender, una de continuidad, temporal al menos, de los distintos idiomas nacionales, coexistentes con una lengua híbrida resultante de la acumulación de vocablos generalizados. El embrión de esta lengua está ya en formación si se atiende en su existencia potencial en los grupos de lenguas que representan en el momento actual de la historia a las razas más pujantes en la actividad colonizadora, anglos, sajones, latinos y eslavos, teniendo, desde nuestro punto de vista particular, importancia preponderante la primera, cuyo idioma hablan en la actualidad muy cerca de doscientos millones de personas, pudiendo equiparársele tan sólo el ruso en fuerza expansiva, ya que, de tres millones que lo hablaban en el siglo XVII, hoy día cuenta con una cifra que pasa de los ochenta. Desde que este último se asimiló en el siglo XIX la nomenclatura técnica y abstracta de los orientales, comparte con los principales idiomas cultos gran número de vocablos casi idénticos en todos ellos; las veinte palabras rusas que siguen son inteligibles para un inglés, un francés, italiano, alemán o sueco, e idénticas en castellano y portugués: *automobil, gazeta, provintsia, lampa, kristalizatsia, elégiya, propaganda* (técnicas); *professor, doktor, ministr* (títulos) *teatr, restoran, klub, bagaj, muzika,*

kontsert, *opera* (de la sociabilidad); *sekretar*, *bank*, *finansist* (económicas). No faltan prefijos comunes en valor a todos, y de uso frecuente en la mayoría de ellos, como se ve en *pro and con*, *provigner*, *pronuba*, *projizieren*, *procent*, *proyecto*, *prolfaças*, *provozglasit* (proclamar, de *vozglas*, exclamación), y son numerosos los sufijos paneuropeos, incorporados en su mayoría a palabras de curso extendido, pero con suficiente individualidad como para tener latente la facultad de originar neologismos: *filología*, *mineral*, son ininteligibles en los siete idiomas antes nombrados.

Un aumento progresivo del número de términos relativos a las instituciones y categorías lexicales que esas razas derramen en el porvenir—los que exceden ya en variedad a los escasos puntos de contacto preservados en los vocabularios autóctonos.—concluirá por dar existencia efectiva a una lengua que, arraigando en todas las lenguas culturales de occidente, será un puente que las una cada vez más íntimamente. Los términos consignados no agotan, ni con mucho, el repertorio cosmopolita, que puede multiplicarse en proporción al parentesco que une a los idiomas antedichos. Respecto de castellano y portugués, pueden considerarse ya unificados desde el punto de vista que nos preocupa, sin perjuicio de que continúen aproximándose. Un cómputo de los giros empleados en una página en portugués tomada al azar, anotándose las palabras idénticas en los dos idiomas, ya sea en su forma escrita (13) u oral (119), las fácilmente inteligibles (194), y por último las irreducibles a primera vista (31), pone de relieve la abrumadora mayoría de las primeras (página 201 de Queiroz, «A Illustre Casa de Ramires», Lello, Porto, 1933). La dificultad de entender el portugués es, en verdad, mínima, comparada con la dificultad de hablarlo, como que es mayor conforme aumenta la analogía entre dos lenguas; los polacos han sido siempre representados en la literatura rusa como personajes fácilmente reconocibles por su elocución, de lo que se debe a que es tanta la semejanza

existente entre esos dos idiomas, que, por ser comprensible el propio, difícilmente se da cuenta el hablante de cuándo interfieren giros indígenas en su traducción. Es lo que ha motivado la incorrección sintáctica del siguiente párrafo, aparecido recientemente en un diario local: «*No todos saben que en los tiempos de la antigua Roma, la edad media de un hombre era 35 años; y que hoy día, gracias al progreso de la medicina y la adopción de principios de higiene, aquella medida aumentó para 45*» años. Seguramente se trata de un párrafo traducido por alguna de las muchas organizaciones periodísticas que proporcionan material informativo y de recreación y, o el traductor provee simultáneamente a diarios brasileños y de habla española, o la versión castellana proviene de una portuguesa. El uso de *para* es mucho más extenso en este último idioma que en el nuestro: así, por ejemplo, dice Queiroz en su obra ya citada: «*De resto o carniceiro e o assassino, ambos mortos, sombras remotas, pertenciam a uma Lenda que se apagava. D. Anna, pelo casamento, subira de populaça para a burguezia*» (página 235). No hay elemento alguno en el portugués que lo diferencie sustantivamente del castellano; construcciones como las del infinitivo personal no son ajenas a la índole de éste, y se usaron en períodos arcaicos, como dan fe las líneas siguientes del libro de Alexandre (1742):

«*Ommes de rayz mala asmaron maluestad,
por mataren al bon rey fezioron ermandat*».

La preferencia usual del pretérito pluscuamperfecto al perfecto en portugués se generaliza asimismo día a día en castellano. Téngase, además presente, que nuestros idiomas son herederos directos de los semantemas grecolatinos que los idiomas septentrionales recibieron en préstamo y devuelven ahora designando objetos de su cosecha.

La hibridación recíproca de las lenguas occidentales lleva, pues, gran trecho recorrido. Es cierto que las nóminas aducidas son en su mayoría de contextura grecolatina, pero vale recordar la corriente inversa que también, aunque más recientemente, tiene lugar, y que nos ha dado términos como *cheque*, *hinterland*, *tungsteno* y *estepa*, vocablos más bien de civilización que de cultura. Los editores yanquis han declarado no hace mucho que el latinoamericano prefiere las obras serias, que la Unión publica en mucho menor escala; pero es preciso reconocer que no será en sentido norteante que se harán los más de los trasposos en el futuro inmediato. Por algo ha dicho un representante de las editoriales chilenas que «toda editorial necesita primeramente de un empresario, de capitales, de medios técnicos y gráficos. Existente lo anterior, recién nace la posibilidad de acción para *traductores*, *dibujantes*, *tipógrafos especialistas*, *correctores*, *escritores*, *asesores* y *técnicos de todo orden*». («El Sur», julio 17).

Acaso el instrumento lingüístico internacional del futuro haya de forjarse en alguno de nuestros países, última Thule ahora como antaño lo fuera Inglaterra. Al menos, si no ha de desarrollarse aquí, nos encontraremos con situación privilegiada para observar su formación, tal como el que observa un juego puede a menudo enmendarles la plana a los que en él participan.

El incremento del fondo común a las dos lenguas culturales latinoamericanas y a las consideradas más arriba como colonizadoras puede enfrentarse desde cuatro ángulos, el del intercambio de vocablos, de afijos derivativos, de la composición y de la sintaxis, en cuanto a la evolución semántica, ya sea total, o particularmente a cada una, es de todo punto imposible de prever con alguna verosimilitud.

La interpretación lexical constará principalmente de términos relativos a los artículos y productos derivados de activa-

ción manufacturera, en gran parte (y de acuerdo con las normas vigentes para su denominación mediante raíces clásicas) fácilmente asimilables, por provenir de un conglomerado formativo extractado por los países más industrializados de las lenguas mediterráneas; y de otra parte por los que designen usos o instituciones noveles que traspongan las fronteras en una u otra dirección.

La cesión de afijos parece haber agotado ya sus posibilidades, si se exceptúan los nacionalizados por doquier por las nomenclaturas química y medicamentosa.

La facultad de composición, extinta casi en las lenguas romances, conserva todo su vigor en las demás, pero no podrá ser rehabilitada en aquéllas sin un grado avanzado de convivencia. A pesar de que la mayor cifra de los compuestos estables que interesan a la técnica son del tipo indoeuropeo que podemos caracterizar mediante la sola mención de nuestro popular *nipojascismo*, tipo perfectamente familiar al hablante latino culto, la *stirps ac semen* de las lenguas germánicas reside en su facilidad para componer en forma inversa a la románica, o sea, adjetivo (o adjetivoide) más sustantivo, como se ve en las siguientes citas tomadas del «New Dictionary of quotations», por H. L. Mencken: «*Bigamy is having one wife too many; monogamy is the same*». «*Love is the star men look up to as they walk along, and marriage is the coal-hole they fall into*». En ruso precede también el modificativo, lo cual lo acerca a este tipo: «*Vdva chasá rónno koliáska domáshnei rabótü vyéjala na dvor i pokatílas ókolo gústo-zelénago dernóvago krúga* (Pushkin, La Campesina disfrazada). Nuestro pueblo, empero, revela la vitalidad latente del proceso cuando forma compuestos como *comenunca*, aunque traduzcan *eyeglasses* por «ojos de vidrio».

La penetración sintáctica es, a buen seguro, la más remota. La rigidez de las construcciones inglesa o francesa, el verbo o partículas finales del alemán, el artículo pospuesto del escan-

dinavo, y la carencia de artículo y supresión de cópulas eslavos tendrán seguramente que ser objeto de transacciones que impliquen concesiones recíprocas. No parece de difícil adopción el uso del artículo definido, como el que mantuvo el traductor del siguiente cable el 22 de junio en «El Sur»: «Londres, 21-6-44.

El Presidente de la Cámara de Diputados.

Santiago. . . »

pero no es un elemento imprescindible para la comprensión, como se desprende de su rápida evolución dentro de los idiomas, al pasar de un idioma a otro (una golondrina no hace verano; one swallow does not make a summer; ééne zwaluw maakt den zomer niet) o contemporáneamente en un mismo idioma:

«Ja, desse weren dar alder degge
(wente de konnynck myt synen heren
mende to holden hoff myt eren,
myt vrouden unde myt grotem loue
unde hadde forbodet dar to houe
alle de dere, groet unde kleyne)
sunder Reynken den vos alleyne». (22).

Alze eyn yslyk dat vornam,
dat Reynke vos to houe quan,
dat duchte mannygem wesen wunder» (4289).

Compárense Reinhard the Fox, Reineke Fuchs.

Giros ingleses como *if and when* («Inglaterra procederá en forma similar, *si y cuando* el Departamento de Estado llegue a una decisión»; United Press, Londres, julio 24) y *and/or* no son ininteligibles, ni representan mayor violencia que *si dijéramos* «a consummation devout and ardently to be wished».

Un aspecto esencial de la hibridación inminente lo constituye el monosilabismo avanzado del inglés, en lo que a los vocablos no técnicos se refiere, y considerado desde el punto de vista de las estrechas relaciones que nos unen al continente septentrional y de la viabilidad de incorporar monosílabos en nuestras lenguas. El primer obstáculo está en la cualidad consonántica del inglés, tal vez mayor que la de los otros idiomas europeos, frente al vocalismo predominante en los meridionales (compárese *have* y *hube*), ya que el monosílabo encierra como semantema un grado de concentración superior respecto de la dilución del significado en el polisílabo. Punto es éste que aleja al inglés aun más del castellano y portugués que el ruso, por ejemplo, si se hace abstracción de la semejanza mayor entre muchos vocablos de los tres primeros, y de la circunstancia de ser perfectamente inteligible un inglés hablado a base de palabras románicas, para lo que, indudablemente está preparado el anglosajón que, tras de haber aprendido en la escuela algunos miles de ellas (lo que equivale prácticamente a aprender un dialecto especial), y de haber sospechado que es elegante y culto el inglés de los latinos (que prefieren usar, por ejemplo, el vocablo *enter* antes que el giro familiar *go in*), no tendrá gran trabajo en adoptar una actitud de expresión favorable a la intelección por el latino.

El monosilabismo del inglés concentra apreciablemente la significación en pocos sonidos, y de igual modo que en el chino basta el cambio de un sonido para modificar radicalmente el significado del vocablo (*hsia*, abajo; *hsiang*, elefante), es familiar a los que enseñan los primeros rudimentos del inglés ver deformada la palabra *desk*, que es convertida en *decks* por un elevado porcentaje de los que por primera vez ensayan pronunciarla. Tal concentración no es un estado que pueda alcanzarse artificialmente sin algún esfuerzo, ya que representa un compendio de muchos elementos integrados en el curso de los siglos, y con la ayuda esencial de la entonación, que en inglés

como en chino tiene un rol fundamental paralelo a la rigidez de la construcción sintáctica, factores ambos casi ausentes en las lenguas romances. En suma, el monosílabo representa un estado más evolucionado en ambos, y en consecuencia, de máxima irreductibilidad, de igual manera que la estación bípeda es más evolucionada que la del ciempiés, y que una interjección es más expresiva que una frase.

El postulado científico de que los cambios bruscos no existen podría esgrimirse en defensa de la tesis de que la hibridación tiene más probabilidades de subsistir que el injerto. De igual modo que es imposible biológicamente determinar una especie animal o vegetal, así también no hay idiomas puros en la actualidad, ni probablemente los ha habido jamás, y las formas de las lenguas de civilización del presente evidencian ya las huellas impresas por innúmeros procesos de intercambio. Desde los vocablos latinos difundidos por media Europa, primero por las legiones romanas y después por clérigos y escolásticos, siguiendo con los introducidos por el francés durante su preeminencia de setecientos años, llegamos a la supremacía del inglés, que si bien es cierto que es actualmente el más expansivo, muchos de sus vocablos son de origen francés, los que a su vez remontan al latín, y de éstos muchos al griego o más allá.

Acaso el procedimiento a que habrán de atenerse los lingüistas del porvenir esté dado en el precedente del *Nynorsk*, la lengua nacionalizada de Noruega, así llamada en contraposición al danonoruego o *Riksmaal* imperante allí desde el siglo XVI como lengua culta y literaria, y debido a que está conformada a la corriente moderna que proviene del antiguo nórdico, preservada en los dialectos populares. Aunque se trata de un fenómeno de tipo sociológicamente opuesto al nuestro por el nacionalismo que lo informa, y opuesto también a los intentos de arcaización del neohelénico, la posibilidad de observarlo en su desarrollo constituye un suceso lingüístico tal vez único en

la actualidad por la rapidez con que se efectúa, viéndose, por ejemplo, en la página 54 de «Cammermeyers litteratur», Oslo, 1939, las formas *boken* (dansk-norsk) y *boka* (nynorsk) usadas simultáneamente. El patriotismo de Aasen, Jonas Lie, Ibsen, que iniciaron el movimiento, ha dado resultados acordes con las líneas modernas de la lingüística, que reconoce en los dialectos a la fuente nutricia de las lenguas literarias, al traspasarles lo que en ellos es digno de perpetuarse. Las enseñanzas que del caso puedan sacarse merecen un estudio aparte.

Sólo se habrá dado el primer paso efectivo en pro de la realización de un idioma universalmente inteligible una vez que el acervo de vocablos cosmopolitas sea tan numeroso que no pueda prescindirse de enseñarlo en las escuelas (si su generalización no ha llegado a hacer tal medida innecesaria), dotando así a los idiomas cultos de un léxico suficiente para el intercambio con extranjeros. Los léxicos numerosísimos de los campesinos, entre otros (superiores al de los individuos de educación media en las grandes ciudades), no pueden ser tomados en cuenta por su intensa restricción semántica y pobreza en términos abstractos, y sus hablantes mismos tienen que ser excluidos en un pronóstico mancomunador, si se recuerda que son los más dados a la deformación dialectal debido a su circunscripción social y despego por la lectura. La mayoría de los vocablos de origen francés hallados en los dialectos de otras lenguas europeas no provienen del contacto directo sino de la época en que las cortes imitaban las maneras occidentales, irradiándolos a las áreas rurales, y tomados por intermedio de la lengua literaria.

La situación presente no habrá variado radicalmente, ya que en la realidad usamos todas las lenguas, la culta y el dialecto más o menos diversificado e inseparable del medio familiar o de la disposición emocional. Robert Burns escribe:

«and for bonnie Annie Eaurie I'd lay me down and dee».

y *dee* se dice en Cumberland para esquivar lo ominoso de *die*,

que se reserva para el lenguaje elevado. Los alemanes reconocen cuatro variantes de la expresión, *Schriftsprache Hochsprache Umgangssprache*, y *Mundart*, y cinco los ingleses: *prose, conversational, familiar slang, dialect*.

Concluiremos sin haber cumplido nuestro propósito de predecir lo que será el idioma de latinoamérica si por ello se entiende otra cosa que un escorzo vago. Si los hechos históricos pueden dar origen a teorías cíclicas, los lingüísticos jamás se repiten, y lo único cierto es que la tendencia unificadora se ha sobrepuesto a la diferenciadora, y que la cultura- que no puede florecer sin un sentimiento nacional alimentado por una lengua propia, ha cedido el paso a la civilización, cuyos intereses son opuestos en materia de idioma. Están lejanos los días en que se trataba de traducir un inefable Quijote, y en el advenimiento al poder del signo monetario, que no reconoce fronteras, ni castas, ni exclusivismos, tiene una facilidad y universalidad de expresión que es imperativo tratar de igualar.